

TOQUE DE ÁNIMAS

(CUENTO)

LAS campanas de la aldea cercana doblaban con lúgubre tañido. Era la noche de «Todos los Santos». Alberto, dejando la barca atracada a la costa, se dirigió hacia una casita próxima de pobre apariencia donde le aguardaba su hermosa Margarita.

—¿Estás pronta a seguirme?, dijo al ver a ésta, que enjugando sus lágrimas exclamó:

—Ya ves cómo he cumplido mi palabra; mis padres duermen, y yo, aprovechando esta ocasión, me tienes dispuesta a todo; ¡pero me da tanta pena abandonarlos!..... creo cometer un crimen al dejar estos sitios donde he nacido..... ¡Ay, Alberto mío!..... un presentimiento me dice que no volveré a ver más esta pobre casa.

—¿No me quieres? A tiempo estás—dijo Alberto.—Yo no quiero forzar tu voluntad, sabes que te amo más que a mi vida, inmediata mi felicidad, la abandono si tú lo quieres.

—¿De verdad, Alberto? ¿Y tú te quedarías aquí a mi lado?

—¿Para qué? ¿Has olvidado que tus padres se niegan a que seamos felices? Yo partiré muy lejos para siempre, y tú, quién sabe, todavía puedes ser dichosa.

—¡No, yo no quiero la dicha sin ti, te acompañaré aunque se pierda mi alma y me maldigan mis padres!

—Dentro de poco tiempo volveremos casados, y ya no tendrán más remedio que perdonarnos.

—¡Sí, pero esta noche, tan oscura! ¿No sabes que en la noche de «Todos los Santos» nadie se embarca?

—Ya sé, que es cuando dicen que todos los ahogados salen a la superficie de las olas; pero riete tonta de eso, son cuentos de viejas; por eso mismo he escogido esta noche, porque nadie se atreverá a seguirnos.

—¡Por Dios, Alberto mío, tengo miedo! ¿No oyes cómo doblan esas campanas?

—No temas, y aprovechemos esta ocasión, quizá otra noche no se vuelva a presentar. Parece que se ve luz en tu casa, ¿habrá alguien despierto que nos pueda sorprender?

—No, esas luces son las lamparillas que mi madre ha dejado encendidas por las almas de los que ya murieron.

—Apóyate en mí, yo te guiaré.

La oscuridad era completa, y el silencio de la noche sólo se interrumpía de vez en cuando con el eco de las campanas que con tristes notas tocaban a muerto, y el ruido sordo de las olas que venían a estrellarse en las rocas de la costa. Llegaron donde estaba atracada la barca de los enamorados.

—¡Pobre madre mía!..... ¡Qué disgusto no sentirá cuando note mi falta, Alberto!—dijo todavía resistiéndose Margarita.

—Mira, nos amamos desde niños, nuestras almas están ya enlazadas ante Dios hace mucho tiempo, de suerte que tus padres tienen la culpa de que obremos de este modo. El mar está tranquilo, al amanecer llegaremos a la «Punta del Cuervo», donde será fácil encontrar un vapor que nos conduzca a la capital, allí nos casamos y ya no hay nada que temer.

Entraron en la barca, él radiante de alegría al ver que iba a ser poseedor del tesoro codiciado; ella apoyada en su brazo y suspirando. La barca empezó a deslizarse por entre las espumas de rizadas y fosforescentes olas, donde se reflejaban a intervalos las rutilantes estrellas.

El viento traía a los oídos acercando el sonido tristón de las campanas que seguían doblando. y allá en la costa se destacaba la negra silueta de la casa de Margarita con misteriosa luz en una de sus ventanas.

—¡Me da miedo esta oscuridad!—decía Margarita abrazándose a Alberto.

—¿No ves esas sombras que parece se levantan entre las olas?

—Desecha ese miedo, estás sola conmigo en mis brazos, aquí nadie viene, estamos seguros. Mira la luna, ya empieza a salir y disipará las sombras que tanto te acobardan, alégrate—dijo—y estampó un ardiente beso en sus labios, cuyo eco oyóse repercutir dos o tres veces, como si rebotase entre las crestas de las olas; y una ráfaga de viento trajo a sus oídos una sonora campanada doblando a muerte.

El mar empezó a agitarse con furia, las olas se encrespaban de repente, y un fuerte huracán, como impedido por mano diabólica, hizo girar a la barquilla como una peonza.

Alberto remando con todas sus fuerzas, quiso salir de aquel remo-lino; pero fue inútil su lucha con los elementos, la barca seguía siendo juguete de las olas. Desesperado abandonó los remos; Margarita con los ojos desencajados y abrazada a él, decía llena de terror:—¡No te lo decía, Alberto mío, que algo nos iba a suceder! ¡Estoy maldita de Dios por desobedecer a mis padres!—¿Oyes esas campanas?, es que los muertos salen a la superficie del mar arrancados de sus tumbas. ¡Este viento del que somos juguetes, es el que hace temblar en esta noche en sus moradas a los pescadores; en alas de este huracán atraviesan las almas en pena los mares, implorando plegarias!..... ¿No lo ves?—decía exaltada—¡cómo vagan en procesión sobre las crestas de las olas!—Y llena de un temblor convulsivo, quería huir de la barquilla.

Alberto, pálido y aterrado, no se atrevía a despegar los labios. Los rayos de la luna vinieron a iluminar aquellas figuras fantásticas que iban formando las olas; figuras siniestras que se retorcían entre las espumas, con los cabellos al viento, vacías las órbitas, y elevando sus brazos parecían implorar oraciones; se arremolinaban en torno de la barca, desaparecían a un golpe de mar, para volver a salir en seguida a la superficie, y pasaban en larga fila y confusión.

Lamentos, imprecaciones, luces fosfóricas, sombras vagas, huesos descarnados, flotantes cabelleras, danza macabra e infernal semejaban aquellas olas al romperse, haciendo girar con rapidez vertiginosa a la barquilla.

Alberto mudo, tembloroso y con los nervios crispados, hacía vanos esfuerzos queriendo manejar el timón, y Margarita abrazada a él había caído de rodillas, en el fondo de la barca, implorando misericordia y diciendo:

—¡Hemos olvidado los rezos, en esta noche, y Dios nos castiga! ¿oyes?

El sonido de las campanas que seguían doblando por los difuntos llegaba aún hasta ellos, y el eco de algunas voces de los padres de Margarita que desde la costa la llamaban con desesperación. Aquellos pobres padres habían echado de menos a su hija, y saliendo en su busca, vieron con desesperación a no mucha distancia de la costa, favorecidos con la luz de la luna, la barca que se sumergía.

Desde entonces la noche de «Todos los Santos», al toque de ánimas, creen ver los pescadores de aquellos contornos la sombra de Margarita que sale entre las olas a implorar oraciones.

A. DELGADO CASTILLA